

Camus: révolte, reflexión y evolución

Ana Maria Llurba

UCA USAL

A primera vista, la vida del hombre es más interesante que sus obras. Estas conforman un todo obstinado y tenso. Reina la unidad de espíritu. Hay un soplo único a través de todos esos años. La novela es él.¹

Hablar de Camus implica hablar de un ser sensitivo y hedonista, de un hombre mediterráneo que concibe la vida como algo sagrado, que no se avergüenza de querer ser feliz en este mundo, y es plenamente consciente de que la muerte hace de ese humanismo gozoso un destino. Es hablar de un hombre reflexivo, visionario e intuitivo, de pensamiento profundo que, de cara a la realidad cotidiana busca su rostro misterioso, su belleza, un hombre que no se aferra ciegamente a una ideología ni a un dogma sino que, por el contrario, no teme expresar sus dudas e interrogantes en torno al sentido de la vida y la muerte, ni sus pensamientos críticos acerca del mundo contemporáneo, ni cambiar de posición al vislumbrar la mentira y sentirse defraudado en sus ideales, hecho que le vale detractores y enemigos, ironías y desprecios.

Hombre comprometido en cuanto tal con su época y con sus semejantes, que intenta, con lucidez y coherencia, indagar y analizar la realidad buscando, penosamente, “vivir en y para la verdad”², enfrentar los peligros de la libertad, alcanzar la justicia, y plasmar en sus obras la complejidad de la vida y la constante tensión que nace del confrontar los ideales y sueños personales con la indiferencia social y lo incierto de nuestro destino, de allí su actualidad.

En la obra de Camus, impera una estética organizadora que sigue los lineamientos del pensamiento cartesiano, connatural al espíritu francés, lo que no va en

desmedro de su imaginación, fuertemente ligada a la realidad histórica. Su prosa, pulida, mesurada, sobria y pudorosa, de un lenguaje conciso, pero vívido de imágenes y símbolos, propia de un clasicismo actualizado, permite vislumbrar en el espejo textual los contradictorios sentimientos subyacentes.

Para Camus, el arte mantiene íntima relación con la vida del artista pues existe “un manantial señero que alimenta durante toda su vida lo que es y lo que dice”, en tanto que la creación “no es más que [ese] este largo caminar para encontrar, por los rodeos del arte, las dos o tres imágenes simples y grandes a las que por primera vez se abrió el corazón”³ –el sol mediterráneo, la frescura del mar, la soledad y la madre silenciosa y sufriente–, imágenes latentes en la estructura de su obra.

A su juicio, el verdadero arte es “testimonio de miseria y grandeza”, de la “perpetua tensión entre el dolor y la belleza, el amor de los hombres y la locura de la creación, la soledad insoportable y la muchedumbre cansadora, el rechazo y el consentimiento. El artista, para crear, (...) debe servirse de esas fuerzas oscuras del hombre. Pero no sin rodearlas de diques (...) el día en que el equilibrio entre lo que soy y lo que digo se establezca, ese día, intentaré escribir la obra que sueño. Ella se parecerá a *El revés y el derecho* de una u otra manera, y hablará de una cierta forma de amor.”⁴

La escritura es, para él, un acto de vida pleno que obedece a una misteriosa necesidad de expresión, que le permite vivir “vidas paralelas”, dejar huellas de su infancia, multiplicar las “posibilidades de contacto con la realidad”, y prestar su voz a otros hombres para decir lo que sienten, lo que por sí mismos no pueden expresar.

Sus escritos: novelas, dramas, ensayos, carnés, diarios, entrevistas y declaraciones, corroboran que “Hay un tiempo para vivir y un tiempo para dar testimonio de que se vive”, al manifestar lo vivido, sus planteos, dudas y reflexiones, permitiéndonos trazar el gráfico de su madurez y su evolución pues sus huellas han

quedado estampadas en ellos, y sus personajes han seguido caminos paralelos a su propio itinerario.

Más allá de las diferencias de estilo, tono y contenido, sus creaciones están ligadas por una persistente y compleja unidad temática en la que se fusionan la revuelta y el goce de vivir el presente, las cavilaciones sobre la vida, la muerte, la justicia, lo absurdo de la existencia y la busca de la felicidad con la conciencia de los límites y miserias de la condición humana.

Sus obras juveniles –*El revés y el derecho, Bodas, Verano*– en las que manifiesta "todo mi reino es de este mundo", plasman el pensamiento de un hombre solar que se siente parte de la naturaleza, de un ser de profunda sensibilidad religiosa –"tengo el sentido de lo sagrado"– el que, ejerciendo su libre albedrío, ante la posibilidad de optar entre la felicidad y la vida o la desgracia y la muerte (Deuteronomio XXX,15), en comunión con la naturaleza, ante la vivencia de que "el mundo es hermoso, y fuera de él no hay salvación alguna", para mitigar su angustiosa soledad, elige ser feliz.

Mucho se habla del ateísmo de Camus que, paradójicamente hace constante alusión a la divinidad y lo religioso, temática que elude, ataca, soslaya o rodea, pero que no abandona. En mi lectura, Camus no niega ni rechaza a Dios. Sin la fe suficiente para un acercamiento místico –"la fe comienza precisamente donde acaba la razón", dijo Kierkegaard–, pero consciente de la necesidad de religamiento, acuciado por un desevoluntad de alcanzar la verdad, reduce lo divino a lo humano y, con espíritu crítico, indaga la verdad de todo y en todo, a fin de encontrar una respuesta a nivel humano a las grandes incógnitas del hombre.

Esa imagen desdibujada de Dios, ese distanciamiento y la revuelta de algunos de sus personajes, puede relacionarse con la carencia de imago paterna que no solo da lugar a la estructuración de la imagen de Dios, sino también a la inserción del ser en la

cultura. Tal vez por esa misma razón sostenga: "Solo tengo respeto y veneración ante la persona de Cristo y ante su historia".

Este hombre reclama "el derecho a evolucionar" pues sabe que la experiencia humana es un entramado de construcción y destrucción, una tensión constante en busca del equilibrio, una reinención continua, y traza en sus escritos la evolución de su pensamiento, de su madurez. La transformación es notoria y permite señalar diversas etapas en su obra, lo que no obsta para afirmar que apuesta a la dignidad humana, la libertad, la justicia y la rebelión de signo positivo para enfrentar la realidad del mundo.

De las imágenes casi idílicas de sus inicios, de esa etapa solar en la que impera una vida de goce inocente y despreocupado, plenamente sensual, y el culto de la felicidad, pasa a la etapa de Sísifo en la que nos presenta la monotonía de una vida carente de valores morales, sin Dios ni expectativas de dicha, sin sentimiento de culpa, signada por el absurdo vital y el sinsentido de la muerte –*El extranjero, El mito de Sísifo, Calígula, El malentendido*– en las que, como dice Calígula, el hombre muere sin haber sido feliz.

Llegado a este punto, el pensamiento de Camus da un giro, se abre una nueva etapa centrada en el tema del mal moral, del pecado, la culpa y la revuelta simbolizada en Prometeo –*La peste, Los justos, El hombre rebelde*. En este período, no habiendo logrado alcanzar una respuesta de Dios, el hombre cambia su escala de valores y busca respuesta en la humanidad, en el honor, el amor y la solidaridad humanos; busca ascéticamente alcanzar una santidad laica, una religiosidad sin Dios. Revuelta de signo positivo que apunta a lograr, en este mundo, el reconocimiento y la equidad que devuelvan la dignidad al hombre.

Camus, que anheloso busca la justicia, la paz y el resplandor de la verdad, desencantado comprende que, para alcanzar la equidad entre los hombres, no basta la solidaridad; es necesaria no solo la honestidad sino la autocrítica:

He querido vivir durante años según la moral de todos. Me he esforzado por vivir como todo el mundo, por asemejarme a todo el mundo. He dicho lo que debía para reunir, incluso cuando me sentía separado. (...) Ahora voy errante entre los escombros, estoy sin ley, apartado, solo y aceptando estarlo, resignado a mi singularidad y a mis dolencias. Y debo reconstruir una VERDAD - después de haber vivido en una suerte de mentira. [...] Es a mí al que desde hace unos cinco años pongo en crítica, lo que he creído, lo que he vivido. Es por ello que los que han compartido las mismas ideas se sienten tocados, y me odian tanto, pero no, yo me hago la guerra y me destruiré o renaceré, eso es todo.⁵

la introspección que nos permita ver cómo somos realmente confrontando nuestra imagen internalizada con la que refleja la mirada de los otros, reconociendo nuestros errores sin pretender quedar impunes por ello. Entra así en la etapa simbolizada en Némesis, la justicia retributiva, *La chute*.

Memoria, identidad y destino

Tras recibir el premio Nobel, la pluma de Camus parece silenciada, pero ese silencio vela la creación de lo que, a su juicio, sería su *Guerra y Paz*, su obra de la madurez, una obra que engloba, condensa y expande la temática que atraviesa la totalidad de sus escritos. Obra que, acaso, hubiera marcado el inicio de una nueva etapa, la del amor y, acaso, la de trascendencia y la fe.

“Los hombres tienen el rostro difícil de su saber (...) pero aún bajo las cicatrices aparece el rostro del adolescente que da gracias a la vida”⁶, escribe Camus que a lo largo de la vida se va preparando para desarrollar esa idea-imagen que lo acompaña desde la infancia y no alcanza a definir, de esos proyectos que vislumbra y plasma reiterada y parcialmente, según lo acreditan sus notas, temática que necesita de la madurez para ser concretada.

Recorriendo los textos y epígrafos camusianos, sabemos de sus proyectos, rastreamos las huellas de los intentos que van trazando el plan e iluminando la génesis de esa obra, y conocemos el clima intelectual y moral en que se desarrolla y transforma esa metáfora obsesiva.

Una nota de 1944, habla de una “Novela sobre la Justicia”⁷ y presenta un diálogo que preanuncia los de Jean Corméry con su madre. En 1946, esboza la estructura de esa “novela Justicia.”⁸, y reconocemos en ella los elementos de *El primer hombre*. Otra anotación de 1946, que puede considerarse un pretexto, apunta:

Novela. Infancia pobre. "Tenía vergüenza de mi pobreza y de mi familia (¡pero son monstruos!) y si puedo hablar de eso hoy con sencillez es que no tengo vergüenza más de esta vergüenza y que no me equivoco más de haberlo sentido. Yo no he conocido esta vergüenza hasta que se me puso al liceo. En el paravante, todo el mundo era como yo y la pobreza me aparecía el aire mismo de esta gente. En el colegio, conocí la comparación.”⁹, anotación que, al igual que otras, Camus integra al manuscrito de *El Primer hombre*.

En 1947¹⁰, *El primer hombre*, figura en una suerte de esquema en el que consigna lo ya escrito y lo proyectado; menciona las obras del absurdo y las de la révolte, a las que seguirían el juicio- El primer hombre-, el amor desgarrado y, finalmente la Creación corregida o el Sistema. Gran novela.

En una entrevista de 1954, le refiere a Franck Jotterand, un proyecto de novela “sobre un hombre joven que crece en Argelia”, diciéndole: “tengo el título y el tema, respecto del resto cambio todos los días. Por cuadro, estas tierras sin pasado de las que hablo en *El verano*, tierras de imaginación, hechas con el aporte de razas muy diversas.”¹¹

Un año después, en 1955, le escribe a Jean Grenier en torno a ese ensueño: “Trataré de escribir una novela ‘directa’, es decir, que no sea, como las precedentes, una especie de mito organizado. Ha de ser una ‘educación’, o su equivalente. Es algo que puede intentarse a los cuarenta y dos años.”¹²

Todo escritor habla de sí, reitera metáforas obsesivas que remiten a las sombras que pueblan su imaginario y que proyecta en su escritura. Camus señala que, después de *Bodas* hasta *El hombre rebelde*, se ha esforzado en despersonalizarse, para luego hablar en su nombre¹³, aunque siempre manteniendo un distanciamiento entre la voz enunciativa y el yo autorial. Los numerosos elementos biográficos presentes, permiten ubicar *El primer hombre* en la temática de los escritos del yo o escritura biográfica en sentido amplio; pero, asimismo, puede leerse como una quête, como la busca de lo que encierra la palabra PADRE, y como la escritura de esa búsqueda que es un modo de comprender y estructurarse en cuanto individuo.

En *La búsqueda del padre*, la voz sin memoria de Camus, hipostasiado en Jacques Corméry, intenta clausurar el vacío de la ausencia paterna, que implica desprotección, pobreza, falta de orientación, y reconstruir esa imagen a través del tiempo y el espacio, a través de los ecos de voces sin nombres, de los susurros de la historia y, particularmente, de las palabras del silencio. Frente a la tumba del padre desconocido, empáticamente identificado con esa sombra, comprende que la pobreza y la muerte lo igualan a otros hombres que han muerto sin saber por qué, dejando a sus hijos sin pasado y sin nombre. En ese intento, el hombre que “*había buscado locamente ese padre que no tenía*” comprende que, al no tener ni Dios, ni padre, aprendió a vivir en medio de la miseria y la ignorancia con orgullo, valor y honor¹⁴, y descubre la verdadera magnitud de la figura materna, de “*lo que siempre había tenido, mi madre y su silencio*”¹⁵, que se torna principio dominante en la novela. Madre humilde y sufriente que, en silencio, le da su amor y lo protege, que, dada la ausencia de ese padre/Dios, con resabios jansenistas, al que, aún, no puede acceder, es la única capa, de ver su corazón con solo una mirada, de perdonarlo sin comprender sus palabras. Esa intercesora, con su ejemplo de aceptación y coraje ante la vida de pobreza, y con su silencio, sin saberlo, sembró en él la semilla del verbo, y le marcó el camino hacia el absoluto.

El hijo o el primer hombre, recrea sus recuerdos, la infancia, sus años en el Liceo, para concluir con un breve capítulo, *Oscuro para sí mismo*, en el que, al igual que en *El revés y el derecho*, contrasta el esplendoroso sol de Argel, ese Mediterráneo lleno de luz en el que Camus se sentía ebrio de felicidad y de vida, con esa otra parte en sombras de su ser, que, desconcertada, buscaba saber y entender este mundo como debió hacerlo el primer hombre. Finalmente sabemos que este primer hombre descubre un secreto “él no es el primero. Todo hombre es el primer hombre, nadie lo es.”¹⁶.

Notas

¹ Albert Camus, *Carnets II*, Paris, Gallimard, 1964, p.

² Albert Camus, *Carnets III*, p. 233

³

⁴ p. 298

⁵ Albert Camus, *Carnets III*, op. cit., p p, 266/267

⁶ p. 325

⁷ p. 127/128

⁸ p. 127/128

⁹ p. 173

¹⁰ Albert Camus, *Carnets II*, op. cit. p 201

¹¹ Citado por Herbert Lottman, *Albert Camus*, Paris, Seuil, 1978, p. 546

¹² Correspondance, p. 201

¹³ Cfr. p. 267

¹⁴ Cfr. *Le premier homme*, pp. 258 y 291.

¹⁵ Albert Camus, *Carnets III*, op. cit. p. 97

¹⁶ Albert Camus, *Carnets III*, op. cit. p. 142